

taciones europeas y norteamericanas (sin omitir las escandinavas); lo que presta al libro un indiscutible valor docente, al par de hacerlo muy estimable como introducción a las materias que comprende.

José SANCHEZ OSES

Secretario de Audiencia Territorial.

JUNG (Carlos Gustavo): «Teoría del psicoanálisis».—Traducción y prefacio del doctor F. Olivier Brachfeld.—Editorial Apolo.—Barcelona, 1951.—283 páginas.

El que reivindique como título de gloria haber sido el primero en España que reaccionó contra el pansensualismo freudiano, no quita que admita que el psicoanálisis o psicología profunda esté llamado a producir y esté produciendo ya una revolución en la psicología y, por tanto, en la psicología criminal, y por ello, aunque sólo en cierto modo y con reservas, entre en las Ciencias Penales y sea siempre interesante seguir la evolución de esta escuela, para lo que nada es mejor que la lectura de este libro de Jung, ya traducido al castellano.

No es, precisamente, como podría deducirse del título, una obra compacta, sino la agrupación de cinco ensayos entre sí independientes, pero tan íntimamente trabados que sería difícil el entendimiento de uno sin la previa lectura del anterior. Véanse los títulos, que dan idea de ello: «De la teoría traumática a la teoría dinámica»; «La teoría de la libido y las tres fases de la vida humana»; «Sueños y neurosis»; «Los principios de la terapia psicoanalítica», y «Análisis de una niña de once años». Es decir, desde fijar su posición dentro de esta escuela hasta la aplicación y explicación de su doctrina en un caso práctico.

Respecto a su posición en la escuela, su gran afán, ya presentido en sus «Tipos psicológicos», traducida al castellano en 1947, en Buenos Aires, es devolverle su unidad rota por la radical oposición a Freud sostenida por Adler, sobre todo en «El sentido de la vida», traducido al castellano, en Barcelona, por primera vez en 1925, oposición que el magnífico prologuista de esta obra de Jung no duda en calificar de herejía y en la que yo creo ver una escuela nueva, de salvar la sima entre ambas tendencias o escuelas y recompuesta la rota unidad seguir en superación desarrollando sus postulados. Para ello, con la técnica y terminología de Freud va haciendo revisión de su doctrina, pero la va templando a la luz de su más diáfana y optimista concepción en la que son claras las huellas dejadas en él por la Psicología individual de Adler. Así ve las neurosis, no como consecuencia de un traumatismo, sino de un desequilibrio por el predominio de uno de los extremos de la personalidad humana, la desexualización de la libido que para Jung es algo como la energía en física, su afán espiritualista que llega a desconcertantes comparaciones con dogmas religiosos, etc.

Así va llegando al final, al caso práctico, al ejemplo aleccionador sobre su técnica y análisis, a la exploración de la niña de once años, por cierto no realizado por él, sino por una auxiliar suya, que a lo largo de once sesiones de las que se nos antojan sobran las nueve últimas, va mostrando su terapia de

la neurosis, en cuya lectura vuelve el recuerdo del reproche que confiesa el autor se hace a su técnica de sugerir sin quererlo la respuesta del paciente y al final no se piensa ya en esta obra y en este autor, sino en la Historia de San Michelle de Aleix Munther.

Domingo TERUEL CARRALERO

NICEFORO (Alfredo): «CRIMINOLOGIA» («La donna, biopsicología, delinquenza, prostituzione. Le varie età della vita umana»).—Fratelli Bocca, Editori.—Milano, 1952.

En este estudio, el autor de esta obra realiza un análisis amplio, que divide en varias partes, sobre el tema de la delincuencia femenina, y las influencias de las distintas edades en la criminogénesis. Sucesivamente trata de la mujer, desde el punto de vista biopsicológico y desde el plano delincuente para tratar en la segunda parte de las varias edades de la vida humana desde ambos puntos de vista. Este volumen es el IV de la obra general de Nicéforo, titulada «Criminología», y cuyo primer tomo apareció en el año de 1949, y en el que el autor trató de «doctrinas antiguas y modernas en torno al concepto del delito». El II volumen estudiaba el hombre delincuente «en su facies externa», y el III «en su facies interna».

En este IV volumen de la obra aludida, Nicéforo, después de referirse a las estadísticas sobre la delincuencia femenina, plantea el problema de si la mujer tiene o no una bondad constitucional, analizando las teorías en pro y en contra, y estudiando los caracteres fisiológicos y psíquicos, la inteligencia y las motivaciones de las diferencias entre la mujer y el hombre, analizando también los problemas antropométricos y psiquiátricos de la mujer delincuente, las conclusiones de la estadística criminal, las distintas modalidades delictivas según las distintas profesiones, la conducta femenina en las relaciones sociales, las interferencias de caracteres masculinos y femeninos en los mismos seres, y la llamada criminalidad femenil, ignorada u oculta, la prostitución y los que califica de equivalentes femeninos de la criminalidad varonil.

El autor califica de incompreensión de otros tiempos, la afirmación de que la criminalidad femenina era inferior en razón a factores somáticos y psíquicos, olvidando el factor social, y poniendo de relieve cómo las estadísticas conducen a criterios equivocados y parciales, y manteniendo la tesis de que sin el análisis de todos los factores no puede llegarse a obtener resultados seguros.

En lo que respecta a la edad y su importancia en la delincuencia, estudia sucesivamente Nicéforo las curvas de la criminalidad, a través de las varias épocas de la vida, con referencia a los puntos cruciales del ciclo vital. Analiza sucesivamente los valores individuales y sociales de la ancianidad y de la juventud, los resultados de las estadísticas, la curva de los diferentes delitos en las varias edades de la vida, y poniendo de relieve cómo existe una relación entre edad y delincuencia cómo en un diagrama que se desenvuelve inexorablemente a través del tiempo, desde el nacimiento hasta la muerte, o mejor, cómo una serie de diagramas que se presentan de tal modo, que hacen pensar si al correr de los años tiene el hombre a su disposición verdaderos sustitutos del